

de los italianos, que vió la luz hace pocos años, repítense, y en perverso estilo, argumentos de los Padres que se alzaron contra la Iglesia en el conciliábulo pistoyense. Ahora es moda publicar todos los años un libreojo anti-jesuíta intitulado *Monita secreta*, y repararle con mucho secreto y misterio, como si fuese una prueba convincente de las maquinaciones de los Jesuítas. El tal libreojo es una fábula inventada por un hereje polaco, reconocida como calumniosa por sentencia del Nuncio Apostólico, de la Inquisicion de España y del Cardenal de la Santa Congregacion del Indice. Cuando se echa mano de tales armas en pro de una causa, ésta se halla perdida.

VI

Los Jesuítas y los Santos, desde la fundacion de la Compañía hasta nuestros tiempos.

Por el contrario: ¿quiénes son los amigos, los patronos y favorecedores de la Compañía de Jesús? A menos que los enemigos de ella

no se atrevan á destruir los monumentos y la historia, es fuerza que acepten este hecho: que los Jesuítas han tenido siempre y constantemente en favor suyo á las personas más ilustres por su santidad y sabiduría. Los Santos están en muy buenas condiciones para juzgar con acierto, porque su razon no se turba, sino que permanece serena en medio de las pasiones. Pues bien; nó hay un Santo que sea enemigo de los Jesuítas. Vaya un ejemplo. San Felipe Neri amó y estimó tanto á la Compañía, que deseó entrar en ella y se lo suplicaba á San Ignacio; y si no fué admitido, es porque Dios dispuso que los Jesuítas entendiesen que el Santo era llamado por otro camino. San Carlos Borromeo elegía entre estos sus directores espirituales; les franqueaba las puertas de sus casas y colegios en Milan, y hasta llegó á morir en brazos de Jesuítas, habiéndoles mostrado siempre cariñoso afecto.

San Cayetano tambien profesó muy singular amor á la Compañía, como lo testifican dos autores de su vida. De San Juan de Dios

consta lo mismo; que amaba con encarecimiento á los Jesuítas. El beato Juan Micoules mandaba á los que conocía estaban ganosos de adelantar en la perfeccion, y alababa á la Compañía más de lo que la modestia consiente que se diga. Santo Tomás de Villanueva, gran Arzobispo é insigne lumbrera de la Orden agustiniana, los quería de tal modo, que se dolía y querellaba dulcemente cuando los superiores le quitaban un operario de la Compañía. Juan de Avila y Luis de Granada, dos de los más grandes maestros de espíritu que ha conocido España, tenían en tan alta estima á los Jesuítas, que el primero aconsejaba á sus mejores y más aprovechados discípulos, que se hiciesen religiosos de la Compañía, y el segundo, cuando Melchor Cano se levantó á impugnarla, escribió en defensa suya delicada y afectuosamente, llegando hasta temer que por combatir á los Jesuítas castigase Dios á su Orden. El beato Juan Tejada afirmaba que la Compañía era tan perseguida y combatida *por haber sido siempre grata al Señor*. El beato Juan Marinonio

decía de ella: *si conocieres el don de Dios*, y consultaba en todo á los Jesuítas. Santa Teresa los amaba cordialísimamente y tuvo doce confesores y directores de la Compañía, y daba gracias á Dios por haberlos tenido, y en muchos lugares de sus obras los colma de loores y alabanzas. San Luis Bertrán tenía un Jesuíta por confesor y consejero, y los defendía y amparaba cuanto le era posible con su autoridad. Santa María Magdalena de Pazzis, gran serafín del Cármen, fué educada durante su infancia por los Jesuítas, y apreció de tal manera su espíritu (el de la perfeccion de éstos), que inculcaba despues á sus religiosas, que se aprovecharen de él en todo tiempo; y cuando la princesa María, hija del serenísimo duque de Toscana, marchó á Francia para contraer matrimonio con Enrique IV, recomendóle con vivas instancias, que procurase inclinar el ánimo del Rey para que llevase á su reino á los Padres de la Compañía, diciéndole que éste era uno de los mayores servicios que ella podía hacer á Dios por el bien de aquel reino. San Félix Cantalicio, el beato Alejandro

Caulo y San Camilo de Lelis guardaron una predileccion señalada á la Compañía. San Félix se paraba en la calle delante de los Jesuítas, y los saludaba como todos hacían con él. Del beato Alejandro baste decir que era grande amigo de San Carlos. Y de San Camilo se ve que fué afectísimo para con los Padres de la Compañía, y que jamás olvidaba al P. Mariano Cappelli, quien lo confesó en el principio de las fundaciones. Pues, ¿qué diremos de San Francisco de Sales y de Santa Juana de Chantal? El primero hacía cada año los ejercicios espirituales bajo la direccion de un Padre de la Compañía, y se gloriaba de ser especial amigo de éstos, deseando morir entre sus brazos. Santa Juana, sintiéndose á punto de morir, pidió con fervorosos ruegos, que viniese á asistirle un Jesuíta, al cual dijo antes de espirar: ¡Tenemos tanto que deber y agradecer á vosotros y á vuestra santa Compañía que nunca lo reconoceremos bastante! Y no menos profundo y sincero amor les tuvo la beata Margarita María Alacoque, la cual permaneció hasta la muerte bajo la direccion

espiritual de los Jesuítas, particularmente del venerable La Colombière, á quien acaso veremos ensalzado al honor de los altares. Así también la beata Mariana de Jesús, llamada la Azucena de Quito, la cual no quiso nunca otra direccion que la de los religiosos de la Compañía. ¡Qué diremos del Apóstol San Vicente de Paul! Lo que decía en humillacion propia y en exaltacion y gloria de la Compañía, es tanto que ningun Jesuíta permitiría que se dijese en su presencia; demuestra hasta qué extremo la estimaba y amaba el Santo Apostol. El beato Hipólito Galantino, cuya admirable santidad pregonan todas las lenguas en Toscana, tenía por confesores dos Jesuítas, y protestaba con vivísimo reconocimiento y gratitud *deber mucho á la Compañía por el progreso y perfeccion espiritual que merced á ella notaba en sí.*

Y cosa dignísima de ser notada: todos los santos fundadores de Congregaciones religiosas posteriores á San Ignacio, todos se resolvieron á fundarlas por consejo y bajo la direccion de la Compañía.

El fundador de los Padres Descalzos, de la Orden de la Santísima Trinidad, fué devotísimo de los Padres, que *lo dirigieron, aconsejaron, defendieron cerca del Pontífice, y con religioso empeño trabajaron por que se le cumpliesen y lograsen del todo sus deseos.* La R. María Victoria Tournai, fundadora de la Orden de la Santísima Anunciacion, fué dirigida por un Jesuíta, el cual compiló las reglas de la nueva Congregacion; la beata suplicó ardentemente á los Jesuítas que tomasen sobre sí la direccion de su Orden, pero ellos no lo consintieron. El R. Pedro Javier sometió al juicio de la Compañía las reglas de su congregacion. Tambien ayudaron sobremanera á la venerable Juana María Cherand de Matel, fundadora de las religiosas del Verbo Encarnado, quien los consideró siempre como *varones apostólicos que se afanaban por dar gloria á Dios.* No perdonaban los jansenistas al venerable Luis de Monfort, que había instituido buen número de congregaciones piadosas en Francia, *aquel su inviolable afecto á los Jesuítas, sus antiguos maestros y directores ordi-*

narios. El venerable Juan Bautista de Jesús, fundador de las Escuelas Cristianas, los amó y estimó hasta el punto de consultar con ellos las cosas más esenciales de su Instituto. La venerable Montalvo, fundadora de los célebres monasterios de la Quiete y Ripol en Toscana, consultó tambien con los Jesuítas las reglas que iba á dar. En busca de aprobacion y consejo sobre su propio espíritu y perfeccion, consultaron con ellos la beata María de la Encarnacion y Santa Verónica Giuliani. Y aun en estos últimos tiempos se fundaron, gracias á la direccion y consejo de la Compañía, las religiosas del Sagrado Corazon, las fieles compañeras de Jesús, las religiosas del Cenáculo, las del Sufragio, y otras, que esparcidas en poco tiempo por Europa y América, están haciendo tanto bien.

Cerremos esta lista con el grande y piadosísimo Doctor de la Iglesia, San Alfonso de Ligorio, el cual viviendo en tiempos de las mayores persecuciones de la Compañía, escribía: «Estoy temeroso de lo que serán las persecuciones contra nuestra mínima Congre-

gacion, cuando de tal manera se persigue á una Religion que ha santificado, digámoslo así, el mundo entero y sigue todavía santificándolo... Además del bien grandísimo que hacen en el ejercicio de su apostólico ministerio, deben ser muy estimados por el talento singular con que infunden en el corazon de los jóvenes las preciosas semillas de la piedad, y por la manera cómo sus discípulos, luego que vuelven al mundo, sirven de edificacion á todo género de personas y en todos los países. Los jansenistas y novadores de cualquier laya quisieran que desapareciese del mundo esta Sociedad, en la que ven como un baluarte de la Iglesia de Dios. Si se acabaran los Jesuítas, se regocijarían los impíos por hallarse libres de unos adversarios poderosísimos. Los Jesuítas son hombres resueltos que se glorían en toda ocasion de combatir contra los enemigos de la Iglesia.» Finalmente, cuando Clemente XIII salió á defenderlos, el Santo, lleno de gozo, escribía al Papa: « Santísimo Padre: la bula de Vuestra Santidad en alabanza y confirmacion de la Compañía de Jesús, ha henchido

de de alegría y regocijo á los buenos, y yo tambien participo de esta satisfaccion. Yo estimo sobre todo encarecimiento á esta Compañía por el gran bien que hacen estos santos religiosos con sus ejemplos y fatigas de toda especie y en todos los lugares donde se hallan. Yo puedo testificar de su prodigioso celo y de su caridad inagotable, que he admirado viviendo en la ciudad de Nápoles. El Señor ha querido probarlos en estos últimos tiempos con fieras persecuciones; pero Vuestra Santidad los ha consolado superabundantemente, porque, como cabeza de la Iglesia y padre de todos los fieles, ha tomado su defensa de un modo solemne, publicando con una santa bula sus méritos delante de Dios y delante de los hombres. De esta manera, Vuestra Santidad ha dado cumplida respuesta á los mal intencionados que procuraban debilitar la estimacion de la Compañía y de sus miembros. En cuanto á nosotros, pastores de almas, que hallamos en el celo y apostólicos trabajos de estos excelentes religiosos un alivio muy grande para guiar nuestra grey,

rendimos á Vuestra Santidad humildísimamente gracias por lo que ha hecho, y le suplicamos se digne proteger siempre á esta Órden, que ha dado á la Iglesia tantos operarios, á la fe tantos mártires, y al mundo tantos ejemplos. En todas partes hay vestigios y huellas de sus apostólicas fatigas, y los países católicos, heréticos é infieles están todos regados con su sudor ^{1.}» Hasta aquí el Santo. Despues de lo cual, yo pido al lector que diga la impresion que hayan causado en su ánimo los testimonios clarísimos, sencillos é ingénuos de los hombres más ínclitos por su santidad que ha tenido la Iglesia durante tres siglos. ¿Diráse por ventura que todos ellos han sido engañados? Pero no son ignorantes; y algunos de ellos resplandecieron por su gran sabiduría. ¿Diremos que han querido engañarnos? En este caso, la Iglesia no los hubiera puesto en los altares. Tengo yo para mí, que á los ojos de todo lector de buen sentido estos elogios compensarán siempre la injuria y el odio

^{1.} *Vida de San Alfonso de Ligorio*, por Icaucard.

de Fr. Norberto, de Vicente Gioberti, de Eugenio Sué, de los autores de la *Biblioteca civil de los italianos*, y de cuantos sean ó puedan ser detractores de la Compañía de Jesús.

VII

Testimonios de Papas en favor de los Jesuitas.

Como los religiosos están sometidos á la Cátedra de San Pedro, los Soberanos Pontífices tienen el deber y la obligacion estrechísima de vigilarlos, de reprenderlos y corregirlos, y de no tolerar nunca que la zizaña crezca en el campo de la Iglesia. Si, pues, los Jesuitas hubiesen cometido los innumerables y atroces crímenes que se les imputan, es cosa cierta que los Sumos Pontífices los habrían condenado y réprobado. Mas lejos de ser así, les han colmado de muy singulares elogios, como veremos; de donde resulta clara y evidente la inocencia de los Jesuitas (á menos que dudásemos de la veracidad de la Iglesia). No una

vez sola, sino muchísimas, y privada y públicamente, con bulas, breves y constituciones apostólicas, loaron siempre los Papas y aprobaron, y promovieron y defendieron á la Compañía de Jesús, despues de haberla dado ser y vida. A un católico debe bastarle para dirimir la contienda el averiguar si esto es así.

Paulo III, que fué el que primeramente aprobó y confirmó el Instituto de San Ignacio, llamaba á los Jesuítas «hombres impulsados por el Espíritu de Dios á renunciar toda esperanza terrena y consagrarse á Jesucristo en la predicacion de la divina palabra, en el servicio de los enfermos y en la educacion de la juventud;» decía que eran «fértil campo que con la palabra y el ejemplo multiplicaba cada día sus frutos.» (Bula *Reg. Liut.*) Y en otro lugar añade: «Atendiendo á los copiosos frutos que habeis reportado y que no cesais de producir con vuestra religion y pureza de vida, con vuestro saber, con vuestra doctrina, costumbres y experiencia; mucho confiamos en el Señor, etc.» Para Julio III eran «hijos queridos que habiendo dado un adios

á la vanidad del siglo, servían al Señor en espíritu de humildad, y con ardiente celo, acompañado de la doctrina y del ejemplo (Bula *sacrae Religionis*), y por modo aún más Solemne: «Considerando que no se halla nada que no sea pío y santo en la Compañía, en la vida y costumbres de Ignacio y sus compañeros, etc.» Marcelo II, cuyo pontificado duró sólo veintidos días, pide á San Ignacio dos Padres «para discutir, aconsejar, establecer las más delicadas y graves materias del divino servicio,» y le dice además á San Ignacio: «Cuidad vos de alistar gente, que Nos procuraremos emplearla.» (Bártoli, *Historia de Italia.*) Paulo IV los creía dignos de predileccion por sus generosos esfuerzos en caminar con la doctrina y con el ejemplo siguiendo las huellas de Jesucristo, y afirmaba: «esta Compañía, nacida como la Iglesia, de pequeños principios, ha crecido maravillosamente, sin desfallecer jamás bajo el peso de tantas fatigas, antes haciéndose de día en día más ilustre y más grande.» (*Historia de Paulo IV.*) Pío IV, en un Breve al emperadorMa-

ximiliano, decía que los Jesuitas eran inocentes, calumniados por envidia del bien que hacen, y que las acusaciones se tornaban en gloria suya. Y en el Breve *Etsi ex debito*, afirma que se ve como compelido á dispensarles su especial favor, porque con las obras, con las doctrinas y ejemplos procuran imitar á Jesús, cuyo nombre llevan. San Pio V. se expresaba diciendo que eran por su Religion, por lo ejemplar de su vida, por la santidad de sus costumbres, por su pericia y conocimientos en las letras humanas y en las Santas Escrituras los autores del abundantísimo fruto que se echaba de ver en el mundo católico, y los sembradores de la divina palabra en la bárbara gentilidad; que pluguiese á Dios tuvieran colegios en todas las ciudades, y especialmente en aquellas que estaban infestadas por la herejía. Este mismo Papa les confió la Penitenciaría de San Pedro. Gregorio XIII (que habla de los Jesuitas en veintisiete documentos pontificios, entre bulas y breves) dice, que son obreros infatigables en arrancar los errores de la viña del Señor;

héroes nacidos para reprimir la audacia de Satanás con la inocencia, con la doctrina, con la administracion de los Sacramentos y la santidad de la vida (Breve *Semper amavimus*); dique alzado contra el mahometismo y la herejía (*Deum attenta*); amados hijos suyos, que ora dentro de sus casas, procuran amaestrar á la juventud en la Religion y en la ciencia, y se dedican á la predicacion evangélica, á la administracion de los Sacramentos, reduciendo y trayendo al redil á los descarriados, y confirmando á los que vacilan, ora desparramándose por todas las partes de la tierra, penetran en los pueblos salvajes para convertir y civilizar hombres que arrastran una existencia de bestias (Bula *Salvatori*). En la Constitución *Ascendente Domino* dice, que la Compañía se ha mantenido siempre en el mismo espíritu de San Ignacio, y que sus hijos son muy útiles á la Religion y se hallan prontos á sostener y afrontar cualesquiera peligros por la Iglesia; finalmente, el mismo Papa les abrió casas y colegios en toda Europa. Sixto V los tenía por instrumentos opor-

tunos para hacer florecer la Religion y glorificarla; y cuando supo que algunos esperaban que muerto Gregorio podrían molestar impunemente á la Compañía, protestó que bien había mostrado con su conducta el afecto que le profesaba. Gregorio XIV confirmó de nuevo el instituto de la Compañía, y prohibió bajo gravísimas penas que directa ó indirectamente se la impugnase; puesto que, dice, la Religion de la Compañía de Jesús, suscitada por la Providencia en estos tiempos, ha trabajado esforzadamente hasta ahora, y prosigue trabajando con no menor ardor, juzgamos que toda turbacion ó quebranto de la Compañía redundará en daño de la Iglesia, á quien será provechoso y útil que aquella viva en paz y sosiego. Por lo cual Nos, que siempre hemos amado á esta sociedad con afecto sincero por los copiosos frutos que ha traído á la Iglesia de Dios, etc. (Bula *Exponi nobis*). Clemente VIII se dignó apellidarla «brazo derecho de la Sede Apostólica» (Suarez, *De relig.*, t. iv, Venet., pág. 332). Paulo V, «qué progresos hace la Compañía en ventaja de la

fe, de la piedad y de la Religion, harto lo sabemos, y asimismo lo sabe toda la cristiana república.» (Gust., l. 9, litt. apostol.) Gregorio XV la declaró Sociedad ilustre por la defensa del nombre católico, y por la victoria alcanzada sobre los herejes; y «cuánto sea de Nos estimada, lo demostrarán á todas las provincias de la tierra, y aun á los siglos por venir, los defensores del imperio cristiano Ignacio y Francisco Javier, por Nos puestos sobre los altares» (Append. ad Bull., S. Congreg. de propag. fide). Urbano VIII é Inocencio X encarecen y loan á la Compañía por su celo en la salvacion de las almas, y por su caridad para con Dios y para con el prójimo. Alejandro VII en una de sus Constituciones hace de ella extraordinario elogio, y se afana por introducirla en la República de Venecia, como al cabo lo consigue. Clemente IX dice que ama con singularísimo amor á la Compañía de Jesús, Órden celeberrima por la piedad y religion de sus hijos, y conspicua por los especiales méritos que tiene contraídos para con la Santa Sede (*Instit. S. G. literae apos-*

tolicae). Dejamos de citar las palabras de Clemente X y XI, de Inocencio XI, XII, XIII, y de Alejandro VIII, no sea que repitiendo iguales elogios molestemos al lector. Y voy ya á citar los testimonios de algunos Pontífices de los últimos tiempos, para que se vea cuál ha sido la constancia de la Santa Sede en juzgar á la Compañía benévolamente, y cómo ésta no degeneró nunca ni perdió su primitivo espíritu.

Benedicto XIII recuerda los copiosos frutos que en toda la tierra produjo la Compañía, excitando á los fieles con la doctrina y la palabra, el ejemplo y el celo á la práctica de obras piadosas y saludables en memoria de Jesucristo, y la alaba y dice amarla con particular amor (*Instit. S. J. litterae Apostolicae*). Benedicto XIV habla por lo menos en diez bulas con grande encomio de los Jesuitas. En la que principia *Praeclaris* afirma que son y se han mostrado siempre el buen olor de Cristo. Notorio es, dice tambien, en la que comienza *Constantem*, que la Compañía de Jesús, religion devotísima de esta Santa Sede,

se gloria muy justamente como madre nobilísima de gran número de religiosos, en quienes resplandecen á la vez la cristiana virtud, el esplendor de las ciencias y letras, y el celo por la salvacion eterna de los fieles. Finalmente, Clemente XIII, viendo á las potestades del siglo conjurarse para destruir á la Compañía, seducidas por la filosofia volteriana, se dedicó á defenderla con todo ardor. Escribió al Rey de España estas enérgicas palabras: « *Inocente es por completo, lo decimos á la faz de Dios y de los hombres, el cuerpo, el instituto, el espíritu de la Compañía de Jesús; y no sólo inocente, sino piadoso, útil, santo en su objeto, en sus leyes y máximas; y aun cuando sus enemigos se han esforzado á probar lo contrario, no han obtenido otra cosa que descrédito y aborrecimiento por las mentiras y contradicciones con que han pretendido robustecer sus falsedades.* » Recomendó además al gran Cardenal Torregiani, su Nuncio en España, que desengañase á las personas preocupadas por cualesquiera imposturas y calumnias contra la Compañía. Influyó para que el Supremo Consejo

de Castilla hiciese quemar por mano del verdugo el libro de las *Reflexiones*, por estar lleno de injurias y mentiras contra los Jesuitas. Escribió veintitres Breves á diversas partes de la Cristiandad, á los Monarcas de Francia, Portugal, España, Polonia, á los Obispos y Arzobispos para revelarles la trama de que era víctima la Compañía. Finalmente, en una solemne constitucion dirigida á toda la Iglesia, confirmó nuevamente el Instituto y proclamó su inocencia. Ahora bien; despues de todos estos testimonios y otros muchísimos que podrían sacarse del Bulario Romano en favor de los Jesuitas, ¿puede creerse que la Compañía de Jesús sea una sociedad de gente malvada, como dicen sus enemigos? La Santa Sede, la Cátedra apostólica, de donde viene la luz que guía al mundo, ¿habrá no sólo carecido de ella para conocer y avisar los peligros que proceden de los Jesuitas, sino expresamente caído en error alabando, promoviendo, auxiliando y recomendando sus obras? ¡Y habiéndolo podido hacer privadamente, ó cuando más con Breves, que son,

digámoslo así, el lenguaje más familiar del Vicario de Cristo, se ha valido, sin embargo, de bulas y constituciones que son la voz solemne con que habla, guía y adoctrina á los fieles! ¡Y lo ha hecho, no ya un solo Pontífice, sino cuantos se han sentado en el Vaticano, convirtiéndose todos en cómplices del mismo delito! Los Jesuitas tienen una moral corrompida y una fe contaminada; son el peligro de la juventud, los fautores de la supersticion, los enemigos del trono, la más contagiosa peste pública, ¡y sin embargo, con no interrumpidos testimonios la Santa Sede alaba su doctrina, sabiduría y pericia en las divinas Escrituras, la santidad de su vida, la bondad de sus ejemplos, el acierto con que enseñan, la sinceridad de su celo, los copiosos frutos que han producido en todo género de obras santas! Preciso sería entonces condenar tambien junto con los Jesuitas á la augusta Sede que tanto los defiende y protege; pero esto puede encomendarse á los protestantes y apóstatas, que están ya avezados á semejantes proezas.